

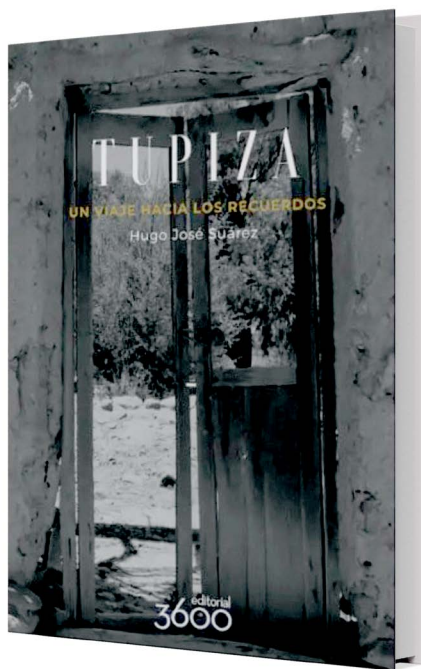
TUPIZA. UN VIAJE HACIA LOS RECUERDOS (LA PAZ: EDITORIAL BOLIVIANA 3600), 2025, DE HUGO JOSÉ SUÁREZ

Por Gilda Waldman M.¹

Los científicos dicen que estamos hechos
de átomos, pero a mí un pajarito me contó
que estamos hechos de historias.

Eduardo Galeano

Un hombre de mediana edad nacido en España, de nacionalidad boliviana y residente en México, viaja en el año 2014 con toda su familia a Tupiza, ciudad ubicada al sur de Bolivia, y más concretamente, en lo que fuera la finca Santa Rosa, en sus alrededores, donde habían vivido sus abuelos maternos durante los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, y que fue también el lugar donde su madre había vivido su primera infancia y parte de su juventud, hasta que a mediados de los años sesenta la finca fue vendida. Ese hombre quiere poner pie en lo antes había sido una empresa agrícola próspera, y también en la gran casa familiar



¹ Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM

de Santa Rosa, “la casa mítica” (¿figura tan presente en la literatura latinoamericana!), así como en la “casa chica”, a la que se mudaron su madre y su abuela a la muerte del abuelo José María.

El hombre no conoció ese mundo, pero ciertos objetos (lámparas, cuadros, un retrato del abuelo y su abrecartas, entre otros), así como infinidad de relatos de ese universo perdido, se conservaron, y su presencia en la memoria familiar persistió de manera indeleble. El hombre quiere regresar físicamente a la tierra en la que se encuentra parte de sus raíces y de su historia. Quiere incluir, en el retrato del amplio grupo familiar (madre, hermana, tíos, sobrinas, hijas), a los abuelos ausentes, más allá de los relatos que le han contado sobre ellos a lo largo de su vida. Quiere “sentir *in situ*” los ecos de la vida transcurrida en Santa Rosa, con sus caleidoscopios de olores, sonidos y paisajes.

Ese hombre regresa también como nieto para conocer más de cerca la historia y la vida de sus abuelos maternos: José María Suárez (nacido en 1879 y fallecido en 1951), abogado, militante del Partido Liberal, funcionario público, profesor universitario, periodista, empresario agrícola, a quien no conoció pero cuya figura ha permeado su vida a modo de espejo. También quiere acercarse a la intensa vida afectiva y empresarial de su abuela Elena, antes de que fuera la abuela cariñosa y juguetona que le preparaba chocolate caliente en la noche y le tejía “chompas”, los tradicionales suéteres tejidos en lana con diseños icónicos que abrigan del frío en el Altiplano andino.

El hombre del que hablamos regresa también como el hijo que quiere conocer a su madre —la que vivió de niña y de jovencita en Santa Rosa— antes de ser su madre; es decir, antes de que se casara, viajara a Madrid y regresara posteriormente a Bolivia. Y este hombre viaja a Tupiza a la vez como historiador, con la voluntad de entrelazar las historias personales e íntimas de sus abuelos y su madre con los grandes procesos de la historia boliviana durante el siglo xx. Lo hace también como sociólogo, acompañado y nutrido de lecturas diversas de quienes, como él, desde la sociología o la literatura (Amin Maalouf, Iván Jablonka, Carlos Martínez Assad, Claudio Lomnitz, entre muchos otros) —haciendo quizá suya la afirmación de la escritora argentina Silvia Molloy de que “siempre se escribe desde la pérdida”—, indagaron y escribieron desde una voz íntima y personal sobre sus propias trayectorias familiares, rastreando en la genealogía familiar las claves que les permitieron comprender los silencios que moldearon sus vidas para configurar, al mismo tiempo, identidades y memorias.

Pero el viaje de Hugo José Suárez, en quien convergen todas las figuras antes mencionadas, era una travesía extraña. Regresaba a una geografía en la cual nunca estuvo, de la que no tiene memoria propia, solo la memoria y los relatos de otros. Una geografía que dejó de existir hace ya largo tiempo. Regresaba asimismo a un tiempo que tampoco fue el suyo y que ya no existe más. Tupiza ya no es el pueblo de los años cuarenta, cincuenta ni el centro de la actividad política estudiantil de los sesenta, sino más bien una ciudad turística. De la finca de Santa Rosa solo quedan las ruinas.

De la casa solo quedaban los adobes, un azulejo adornado en el piso, un diminuto pedazo de vidrio de lo que fue un vitral y un elegante adorno encima de los arcos del solarío de la entrada. Solo queda tierra, polvo, plantas, insectos. Las ventanas se cayeron, no quedan ni los marcos. Ningún techo quedó en pie. (p. 76)

Pero Hugo José Suárez quería regresar, casi obsesivamente, para explorar y descubrir, en una suerte de arqueología inversa, qué es lo que aún existe y permanece bajo las ruinas del presente. Deseaba establecer una conexión entre un pasado conocido solo de “segunda mano” y el presente vivido. Quería reparar el tejido deshilachado de una historia discontinua y fragmentaria como una forma de restaurar una memoria no solo personal, sino también genealógica, para tejer lazos con las generaciones que lo antecedieron.

Para ello, se convierte en una suerte de “archivista familiar”. Además de contar con algunos de los objetos rescatados de la casa de Santa Rosa, investiga, hace trabajo de campo y entrevistas, toma notas, recopila fotos familiares y videos, reúne notas personales, cartas y recortes de periódicos, busca en archivos los artículos del abuelo, así como sus discursos políticos. A semejanza de la actividad detectivesca, sigue toda huella posible para armar un rompecabezas formado por fragmentos inconexos, que evocan un pasado que solo reside en ellos y que no le pertenecen, para darle sentido a una cadena genealógica y construir el relato del origen de su propia historia.

Pero la escritura biográfica no es un reto menor. Podríamos imaginar a Hugo José sentado en su mesa de trabajo ante un cúmulo de materiales dispersos: notas, mapas, revistas, fotografías y videos, libros, cartas, memorias, testimonios, recuerdos, confesiones, semblanzas íntimas, diarios, crónicas, etc. ¿Cómo no perderse en la memoria de la(s) figura(s) biografiada(s)? ¿Cómo

introducir coherencia ante un material de investigación caótico y huidizo? ¿Cómo escribir sobre la vida de otros? ¿Cómo explorar el flujo complejo de otra vida si ni siquiera quien escribe su autobiografía podría reproducir su existencia en su totalidad? ¿Cómo no recordar en este punto la aseveración de Gabriel García Márquez?: “La vida contada no es la vivida y ningún relato puede reconstruir su trayectoria tal como exactamente fuera experimentada”. O más aún, ¿cómo desafiar al escritor portugués Fernando Pessoa? Quien afirmaba poéticamente (1935):

Si, después de morir, quisieran escribir mi biografía,
no hay nada más sencillo.
Tienen solo dos fechas:
la de mi nacimiento y la de mi muerte.
Entre una y otra, todos los días son míos.

La escritura biográfica es paradójica. Ceñida por las exigencias del género, a trabajar solo con datos reales, procura recrear cabalmente una vida. Pero cabe preguntarse, ¿no constituye acaso la biografía un texto interpretativo de un itinerario vital recorrido por grietas e intersticios? Nutrida por la voluntad de rigor histórico, ¿cómo evitar que se nos escape el misterio que radica en cada existencia? Si, como escribía Borges, en cada hombre hay por lo menos dos o tres hombres, ¿cómo conjugar el rigor de los datos confirmables con el rayo de luz que permitiría descifrar la huella esencial de una vida?

Escribir una biografía es lanzarse al vacío y, al mismo tiempo, es un acto de amor. Hugo José Suárez, con infinita paciencia, traza en *Tupiza un caleidoscopio biográfico entablando con los personajes que lo habitan una relación amorosa, intensa y pasional. Se mete en la piel de los biografiados y recurre a la empatía para descifrar las emociones, sentimientos y motivaciones de sus acciones. Transforma los objetos, físicos y simbólicos dispersos que, a través de sus indicios, lo invitaban a escribir una narrativa que da vida a los ausentes. De los desolados paisajes y los tiempos que permitían que sus antecesores se reconocieran en ellos y entre sí, solo queda la inscripción literaria. Eso es Tupiza.*